

Ideología cristiana. Voces de alerta

La Masonería contra la iglesia

A semejanza del pueblo heleno que aunque sucumbió a la espada del invasor, llegó a dominar por su cultura al vencedor romano, la Iglesia atacada con rabia por ideas disolventes, después que muchos de sus enemigos festejaron efímeros triunfos como si la ideología cristiana aherrojada al olvido quedara sepultada entre la ciénaga de teorías perniciosas para el hombre, con gran sorpresa y admiración fué descubriendo sus brotes entre las ramas secas del campo enemigo.

Nada nuevo significan estos hechos; es el proceder persistente de la verdad que siempre se abre camino aunque entendimientos berroqueños y corazones sarmentosos pretenden obstaculizar su triunfal marcha en pro de la anhelante humanidad.

Siempre ante cualquier problema nuevo suscitado por la casualidad o por la imperiosa consecuencia del dinamismo de la historia, parecen hallarse en plan de combate el mundo y la Iglesia con sus antagónicas ideologías; el mundo con empuje retador porque la fuerza le asiste, la Iglesia sin más armas que la razón, suficiente para galardonear sus desvelos con los más ruidosos triunfos y victorias.

Pasemos a recordar lo acaecido en la centuria pasada. Tratabábase de fortalecer el orden en los pueblos que quedo mal herido al choque entre las revoluciones iniciadas en Francia y el absolutismo de imperios y naciones.

El individualismo, engendro de pasiones exaltadas, creó un superior en cada individuo, un autonomista en cada hombre sin más ley que la indispensable para la ordenación social, quedando la autoridad en millones de personas fraccionada.

Esta división, mejor dicho, este haber de tantas autoridades

como individuos, ocasionó la debilitación del poder público, la relajación de la fuerza, dejando de ser la autoridad suprema, «irresistible en sus mandatos e inapelable en sus juicios» como de ella afirmó Kant, para venir a ser juguete del parlamentarismo y chacotá de la plebe en tumultos y desórdenes callejeros.

Contra ese caos, la voz de la Iglesia se oyó por boca de los Romanos Pontífices. El endiosamiento del hombre se anatémizó. Si se quiere que haya orden, dijo la Iglesia, debe prevalecer el principio de autoridad única, con la debida subordinación de inferiores a superior, no siendo la ley letra muerta, ni la justicia un recuerdo del pasado. Cuando se depongan esos privilegios que hacen absolutos a los hombres, tan exigentes en sus derechos como olvidadizos en sus deberes, y respeten, amen y obedezcan a la autoridad entonces la paz y el orden reinarán entre los pueblos.

Escuchada la voz de la Iglesia, los dictorios de reaccionaria, inquisitorial, negrera de almas y cuerpos y otros apóstrofes, eficacísimos para arrancar aplausos a públicos beduinos, se escupieron sobre el rostro inmaculado de la Religión.

Pasado el tiempo, y cuando la sociedad se convenció de los perniciosos efectos de ese abudamiento de libertades, aplaudió gustoso a los dictadores, que vinieron a confirmar en los pueblos la paz, el orden y el trabajo, elementos esenciales a la vida nacional, predicados por la Iglesia.

Y hoy se escuchan voces del individualismo reclamando una autoridad fuerte que con mano dura rija los destinos de las decantadas soberanías.

¿No son esas mismas las pretensiones de la Iglesia?

V. M.

La campaña que hemos emprendido en las columnas del «Arco», ha motivado, como ya sabrán nuestros lectores una serie de artículos que se han insertado en un diario local y en los que se pretende hacer una apología de la Masonería. La alusión directa que en los mismos se hizo a nuestro periódico nos aconsejó una réplica pronta que, por no esperar los quince días de intervalo que separan a uno y otro número del «Arco» y aprovechando la amabilidad de un colega que nos prestó sus columnas; ha aparecido en otro diario local. Ello ha motivado un pequeño cambio de plan en esta serie de «voces de alerta», pues no queremos repetir aquí lo que hemos escrito para otra publicación y, además, nos es en cierta manera preciso acomodarnos a los argumentos y afirmaciones del autor de «¿Qué es la Masonería?» para contestar en armonía a ellos.

Y, como a pesar de que no era nuestra primera intención más que prevenir a los católicos de los anatemas y condenaciones que los Papas han lanzado contra las sectas secretas y quienes les den sus nombres y cooperación; ya que se nos quiere presentar a la Masonería como una Institución filantrópica y cultural que nada atiene que ver con la Religión para la que únicamente guarda sus respetos; anotaremos brevemente una serie de confesiones más o menos claras y terminantes de las mismas logias masonicas o de los más autorizados miembros de la secta de las que se deduce que ésta tiene entre sus finalidades la de combatir a la Religión católica y a la Iglesia romana que es la depositaria de sus dogmas y la agrupación organizada de quienes lo profesan.

Efectivamente, por más que generalmente oculten sus intentos; no pocas veces, engraidos quizá por algunos triunfos, otras en un raptó indomado de sinceridad o de cinismo, los masones «sin disimular sus intenciones, audacísimamente se animan contra la Magestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cris-

tianos de los beneficios que le granjeó Jesucristo Nuestro Señor» como decía León XIII.

La Masonería es sincera cuando escribe en el manual de la «Voix de l'Orient» que es enemiga de la Iglesia Católica y, en general, de la Religión, cuando reconoce en 1854 que «La Masonería y el Catolicismo se excluyen mutuamente, y en vano se trataría de conciliarlos; cuando por boca de Adrián Lemmi prorrumpe en la frase blasfema «tengo dos odios en el corazón: el primero es DIOS»; cuando con lord Palmerston a la cabeza en 1846 pretende debilitar el catolicismo de la Francia que parece reaccionar después de tantas concesiones hechas a la demagogía; cuando en un banquete, Bourriand, representante de las logias belgas, en 1878, exclama «¡Qué Roma, que el ultramontanismo, qué la ignorancia, sucumba, perezca para siempre!»

La Masocería descubre su juego cuando, en un monstruoso eclecticismo, defiende todos los errores filosóficos contra la verdad; cuando pretende tomar más en serio las supercherías del espiritismo que la realidad innegable de los milagros, cuando pretende defender la frivolidad por moderna, por clásica o por estética, y, en rigor, lo que hace es laborar por la corrupción de costumbres; cuando en los parlamentos y en las oficinas de la Administración de los Estados trabaja en pro de las leyes desamortizadoras que arrebatan injustamente a la Iglesia su propiedad legalmente adquirida, de la secularización de la beneficencia pública y de los cementerios, del matrimonio civil y del divorcio en cuanto al vínculo, de la opresión de las órdenes y congregaciones religiosas y de las escuelas neutras o laicas; cuando llama tiranos, a los estadistas cristianos como García Moreno y cruza el pecho de los gobernantes perseguidores del clero y de la Religión con las bandas de condecoraciones que, bajo el pretexto de premiar la fidelidad al constitucionalismo, son, realmente recompensa y aplauso para el sectarismo apasionado.